

BIBLIOTECA PÚBLICA  
MUNICIPAL

4

ELDA (Alicante)

# dahellos



==== ELDA ====



Este cuaderno inserta  
originales de:

Juan Madrona  
Alberto Navarro  
Santiago Sierras  
Eduardo Gras  
Manuel Catalán  
José Capilla  
Ricardo Vera  
Manuel Vicedo  
Tudines López  
"Nauri"  
"Isis"  
Maruja Icardo  
Julio A. Capilla  
Rodolfo Guarinos  
Vicente Tordera

JUNIO 1950

ELDA

## QUEREMOS ESTO...

Estos cuadernos no lo son todo para nosotros. Ni siquiera lo más importante. DAHELLOS es sólo plasmación de un anhelo: pobre y humilde, como resultan siempre las materializaciones de una idea elevada frente a la riqueza de la idea misma.

Nuestra intención no es editar papel mejor o peor impreso. Eso, con ser mucho, es muy poco para nosotros.

Pretendemos más —somos muy ambiciosos—: estimular posibles valores ignorados, animar la vida literaria de Elda, despertar aficiones aletargadas. Esa es nuestra finalidad y hacia ella tienden todos nuestros esfuerzos.

Por eso cada vez que nos llega un original de un nuevo colaborador espontáneo, cada trabajo que llega a nuestra redacción, nos llena de legítimo alborozo. Porque lo consideramos un poco como cosecha de nuestra humilde siembra.

Ten presente esta idea, lector, cuando benévolutamente, te dispongas a hojear el presente cuaderno. Tenlo presente y enjuiciamos luego.

# Moros y Cristianos

DE  
ANTAÑO

por ALBERTO NAVARRO



*C*alle Nueva arriba, van desfilando las comparsas.

El aire está saturado de melodías moriscas, de ritmos dulzones y enervantes. Ante los ojos de la multitud apiñada en aceras, balcones y ventanas, pasan los siglos en cortejo brillante. El bando musulmán con sus barbas pobladas y multicolores vestimentas, desfila, fanfarrón y pendenciero, porque sabe que aquel día le toca a él ganar, en ese ingenuo «hoy tú, mañana yo», que son nuestras fiestas. Todo el impresionante y fantástico mundo mahometano se ha volcado en nuestras calles. Acá vienen los «targhis», del desierto ardoroso; allá los ejércitos que abandonaron las fortalezas de Bagdad y Basora para ensanchar el Islam; aquí llegan, poderosos y cabeceantes, los elefantes de cartón, y tras ellos, los magníficos serrallos de moritas infantiles rodeando al panzudo Sultán. Las notas infinitamente bellas de «Scherazade», vibran en los pechos sin traducirse en sonido audible.

Tras ellos, con la despreocupación del que sabe que su derrota momentánea tendrá pronta revanche, suben los cristianos. Aquí es donde los historiadores de la Reconquista, dotados de la más exuberante imaginación, se hubieran quedado con las mandíbulas desencajadas de asombro. Junto a la silueta aceptable de algún Jefe cristiano, falta la masa. La severa figura del mesnadero, del ballestero, del guerrero cristiano que tras el Cid, tras Ximénez de Rada, Jaime I y los Alfonso, ganará a golpes de espada nuevamente su patria, es sustituida por abigorrados, anacrónicos y absurdos personajes.

Tras sus banderas (¿dónde está la blanca bandera con la roja y braci-larga cruz que tanto se prodiga en carteles y programas?) suben los cristianos. Zingaros errantes, con su casa ambulante y el rico vivero de melodías de sus Stradivarius... Estudiantes de olla y cuchara, de negra vestimenta y alba golilla... Contrabandistas audaces —la mocita pinturera a la grupa de su

jaca—... Navarros prestigiados por las evidencias de las Navas en su pecho y Cristianos extraños cuyo uniforme solo hace pensar en los corchetes y alguaciles que tantos disgustos dieran al gran Quevedo.

A mi lado, un anciano contempla el desfile. Y no puede evitar se le escapen estas palabras:

—Ahora mucho lujo, mucho dinero, pero nada... Antes sí que eran fiestas. Intrigado le pregunté:

—¿Eran mejores, abuelo?

Este me miró como si en su vida hubiera escuchado mayor dislate:

—¡Claro, hombre, claro! ¡No hay comparación!

—Veamos, veamos. Cuénteme cómo eran...

Y con interrupciones para mejor admirar la gracia de abanderadas y alféreces me contó lo que sigue:

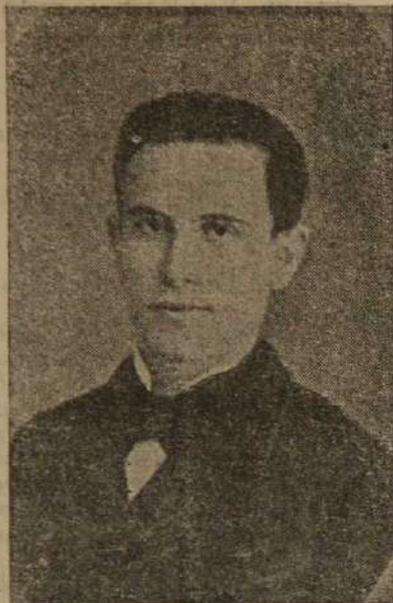
•Entonces —más que mediado el pasado siglo— las fiestas se hacían en su fecha, el día de San Antón, hubiera frío, nieve o agua. Desde unos meses antes correteaba por las calles el tradicional cerdillo con su campanita al cuello, metiéndose en las casas que le venía bien, en las cuales era tratado a cuerpo de rey —y que perdonen los soberanos tan irrespetuosa comparación—. Cuando se cansaba de estar en una casa se marchaba a otra donde era recibido con igual cariñoso y nutritivo trato. Al llegar la fiesta, este cerdillo se rifaba para recoger fondos para las comparsas. Entonces no habían tantas como ahora, pero eran más entusiastas, más arraigadas en el fondo del pueblo. Solo habían cinco. Eran...

Al conjuero de sus palabras iba viendo las filas de comparsas desfilando por las estrechas calles. Veía moros gigantesco, de coloreados turbantes y lajantes cimitarras brillando al sol... Cristianos con el uniforme de los gloriosos Tercios de Flandes —amplio chambergo emplumado, mangas acuchilladas y alta bota de blando cuero almenado, la roja capa ondeando al suave viento y la fina espada toledana cimbreándose en la diestra—; Estudiantes con el uniforme tradicional de su clase; gallardos Húsares que dejaban tras sí una estela indecisa de valsés, czardas y alegres amores vieneses, —su dolmán graciosamente semicolgado del engalonado hombro derretía los cálidos corazoncitos de las niñas eldenses—; Garibaldinos de guardarropesca vestimenta, híbridos de musulmán y contrabandista, con el birrete emplumado como única reminiscencia garibaldina, comparsa surgida al socaire de las luchas de la «Unidad» italiana. Veíalos desfilar, marciales y aguerridos, entre aplausos y marchas triunfales, por las calles, grises y bajas, de la Purísima, Prim, Nueva, Vall, Iglesia, Linares, plaza Arriba, volviendo a la de Abojo donde se disolvía... Y finalmente la atronadora guerrilla en el plano del Convento, donde se había instalado el castillete, con su prefacio inaudible de la Embajada...

—Entonces, —terminó el anciano— había más vida, más movimiento.

No, no había más vida; no había más movimiento. Para él sí; él era entonces primerísimo actor y galán joven de la comedia y para él todo resplandecía con el fulgor que sus ojos juvenes y entusiastas le proporcionaban... Las mujeres eran más hermosas, las músicas más armoniosas y vibrantes, las comparsas más brillantes y ruidosas... Ahora el velo que agrisaba sus ojos ponía tintas apagadas sobre los colores, destemplaba los instrumentos convirtiendo los alegres clarines en lígubres sonos de fínebres marchas... Todo para él era borroso, sin luz, sin gracia...

Para él, las brillantes monedas de oro habíanse convertido en hojas secas.



# Francisco Laliga Gorgues

por RICARDO VERA LALIGA

**F**rancisco Laliga Gorgues nació en Elda el día 14 de Noviembre de 1861. Cursó el Bachillerato en el Instituto de Alicante, donde, en edad muy temprana, dió a conocer sus aficiones a la poesía, publicando en la prensa católica local sus primeros trabajos.

En el Seminario de Orihuela cursó varios años la carrera eclesiástica, que abandonó para dar comienzo a los estudios de Filosofía y Letras en la Universidad de Valencia. De ésta pasó a la Universidad Central de Madrid, donde continuó dichos estudios.

En toda esa época, que puede contarse del 75 al 86 del pasado siglo, no dejó de dar a la publicidad en la prensa católica de Alicante, Valencia y Madrid, sus producciones poéticas, muchas de las cuales fueron presentadas en certámenes literarios obteniendo algunas de ellas premios de primer orden. Su copiosa producción literaria fué altamente religiosa y patriótica, pues a estas dos tendencias, puede decirse, está dedicada toda ella.

En el año 1887, hallándose en Madrid, fué sorprendido por una enfermedad mental, causa por la que tuvo que abandonar sus estudios; y fué trasladado a Elda donde, junto a sus familiares, pasó hasta el término de sus días, 6 de Diciembre de 1928, haciendo una vida de quietud y aislamiento; pues a pesar de asistir a espectáculos, sobre todo a cuantas funciones religiosas se celebraban, tanto en la Iglesia Parroquial como públicas, no comunicaba con nadie; solamente con sus familiares en aquellas cosas de imprescindible necesidad.

A pesar de todo no decayó en él un solo instante su afición a la lectura, que era su pasatiempo habitual, especialmente de la Historia de España; y su afición a la poesía que cultivó hasta última hora, realizando aún trabajos inspirados todos por un sentido altamente religioso.

Cuanto vivimos junto a él aún le recordamos, y perdura en nosotros el dolor por haber perdido, puede decirse, antes de que sollara los lazos terrenales, al ser querido que pudo ser blasón de gloria para los suyos y para el pueblo que le vió nacer.

¡Que Dios le tenga en la gloria y le haya concedido un eterno descanso!

# Elda tuvo un gran poeta...

por JUAN MADRONA

En mis manos un libro de Francisco Laliga; un libro de versos. Lo he leído morosa y amorosamente, degustando la ambrosía de sus estrofas, perfectas como ánforas helénicas, sonoras y lúcidas como el galopar de diez mil pegasos en la litúrgica comba de unos cielos sensitivos.

He leído diez mil versos inéditos de Laliga; coruscantes, alados, impecables. Los que escribió el poeta fueron indudablemente muchísimos más; pero bastaría con éstos, para que, dados a la publicidad, tuvieran nuestro paisano un firme pedestal en el templo de la fama.

¿Qué hados implacables se ceban en los destinos de Elda, escamoleándonos el prestigio de todas nuestras glorias?... Castelar, El Seráfico, D. Antonio Coloma, Laliga, algún prelado insigne y una buena docena de ilustres dignatarios eclesiásticos se nos han esfumado como meteoros para la gloria de Elda, como leves burbujas huidizas en la cansina corriente del Vinalapó.

Pero el caso de Laliga es excepcionalmente doloroso. Aún no había cumplido los veinte años, y su frente diamantina ya se había ceñido muchas veces los laureles del triunfo en certámenes y concursos nacionales, compitiendo con los más grandes poetas de su tiempo, con los que hoy tienen estatuas en los jardines públicos y en las academias.

leyendo estos diez mil versos de Laliga, se agiganta primero la admiración, al pensar que todo es obra precoz de un muchacho genial, puesto que todo está escrito entre los diez y ocho y los veinticinco años del autor; después nos invade una desolada congoja al recordar que aquel joven volcán de poesía fué de súbito apagado por los hados adversos. No se atrevió la muerte a segar aquella flor en delirante lozanía; pero Laliga, como antes el Padre Juan Arolas, recibió en su frente, sin sucumbir del todo, el beso helado de la Inexorable, que lo dejó sumido en el lúcido nubo de los inconscientes durante cuarenta borrosos años, a través de los cuales el poeta fué arrastrando por los callejones de Elda los girones de auténtica púrpura de su prematura gloria literaria.

Se siente un letal escalofrío al imaginar estos cuarenta años infralúcidos de la vida de Francisco Laliga, después de haber leído sus versos llenos de horror a una vida que le lastimaba con mortal truculencia y que le hacía exclamar:

- ¡Malditos ojos que la luz anhelan
- y opaco encuentran de la luz el astro!
- ¡Malditas sombras, que mi frente velan!
- ¡Malditas dudas, que mi alma hielan!
- ¡Maldita, en fin, la vida en que me arrastró!

Si hemos de juzgarle por las 58 largas composiciones que una mano pladosa consiguió salvar del triste naufragio literario, Laliga es un poeta clásico, de una exuberancia verbal semejante a la de Zorrilla, y de una grandilocuencia a lo Nuñez de Arce. Sus fuentes de inspiración fueron la religión, la patria, el amor, el arte y el sepulcro. Sus mejores composiciones, acaso «En el cementerio», que acusa fuertes resabios de romántico—

«Dejadme; todo el aire necesito;  
veo el mundo pequeño y solitario;  
necesito la luz del infinito;  
necesito la calma del osario...»

—y «El último canto» que tiene todo el trágico atractivo de sugerir la fuga iniciada por el poeta hacia el exótico mundo de las lúcidas aberraciones.

Laliga es un clásico, un afortunado proseguidor de la escuela sevillana. Tiene versos de diamante, que no desdeñaría apadrinarlos el divino Herrera, como estos:

«No de severo luto negras galas  
la sién circunden de la patria mía».

Abundan en él los arrebatos líricos, banderines de una inspiración fogosa y deslumbrante. Tal éste:

«A par del Atlas levanté mi frente»;

o este otro:

«...dadme una lanza,  
que la lira se rompe entre mis manos».

Pero no es todo fogosidad y olímpicos apóstrofes en los versos de nuestro poeta. Hay también en él plácidos remansos de una ternura idílica, sosegada y entrañable, sobre todo cuando canta en magníficas estrofas a la Virgen de la Salud, o cuando evoca, ausente, los paisajes de su querida Elda:

«En el confín hermoso de Edetania,  
que de España en la tibia luz se inunda,  
y en la vertiente por cuyo hondo álveo,  
pobre en caudal, Vinalapó murmura...»

Después de haber leído estos diez mil versos de Laliga, nos queda, sin embargo, un vacío enorme. Aquí está el poeta bruñido y majestático, que lanza sus sonoros alejandrinos en los pomposos escenarios de los juegos florales. Pero tras el poeta grandilocuente y objetivo se adivina también el poeta lírico, que, en la epifanía de sus veinte años, desgrana sus íntimas emociones en cálidos versos de amor, y luego acaso hace trizas sus composiciones, escrupuloso de dar al mundo el secreto gigante de su pecho. Ahí está, si no, «El último canto», que ciertamente no sería el último, porque en amor nunca se dice la última palabra.

Y analizándolo hoy como un elegido de los dioses, como una llamarada lírica hordoneada por el susurro blando de nuestro viejo Vinalapó, se vienen a la pluma los versos del propio Laliga:

«Por la musgosa y enpinada senda  
que a un alto alcázar derruido encumbra  
baja el viento murmullos de elegías...»

Sí; elegías por tí, poeta eldense, poeta de los tristes destinos. La vida te escamoteó cuarenta años de gloria; y la gloria te ha escamoteado después una vida eterna que te correspondía junto a Zorrilla, Quintana, Nuñez de Arce, Ferráris y tantos otros que, acaso menos poetas que tú, tienen hoy un pedestal en nuestra historia literaria.

A la vera del Vinalapó sigue el viento murmurando la elegía de tu fatídico destino.

# El último canto (Fragmentos)

por FRANCISCO LALIGA GORGUES †

Por fin para mí mal llegó el momento;  
ya de despecho y de dolor y enojos,  
de intensa angustia devorar me siento,  
y niéganse a las lágrimas mis ojos.

Adiós, sueño ideal, virgen querida,  
criminal e inocente a un tiempo mismo.  
¿Porqué te ví en la senda de mi vida  
y entre los dos mi amor no vió el abismo?

¿Adonde iré a morir?... Deja que muera.  
¿Qué te importan mi vida o mi destino?  
Tumba me ofrecerá extraña ribera  
o la cruz del recodo de un camino.

Quizá entre las quebradas de una sierra,  
midiendo de los montes el altura  
cante su himno postrer sobre la tierra  
quien por tí la abandona con tristura.

\* \* \*

Bajo la cruz, a cuyo pié la rosa  
servirá a mi pasión de cenotafio,  
yo dormiré... Lee bien sobre la losa  
que es tu amor quien ha escrito el epitafio.

Y si el dardén tu pecho contamina,  
no celebres, sonriendo, la victoria.  
Si muero a tu rigor, que me asesina,  
tuyo el crimen será, mía la gloria.

\* \* \*

Adiós; ya parto. Del destino impío  
me doblego a la fuerza sobrehumana.  
¡Y es tan triste la ausencia!... Ya, Dios mío,  
ya nunca la he de ver desde mañana.

No me hables de esperanza o de alegría,  
cuando estalla de pena el corazón;  
que aun la dicha tal vez rechazaría  
a trueque de morir por mi pasión.

¡Adiós! Y si piedad en mis dolores  
no te inspirara al pie del ataud,  
¡maldiga Dios la lira y los amores  
que ajaron mi lozana juventud!



# Una ekvata

por EDUARDO GRAS

Carlos ha dejado caer el periódico, ahogando una exclamación de sorpresa. Su cara, habitualmente pálida, se ha teñido de vivo color. Ante la mirada curiosa de sus padres, musita unas palabras deshilevanadas:

—...imposible... al fin... el primero...

Y vuelve a levantar el abandonado periódico. Y torna a leer algo:

—Sí: no hoy duda posible. El título, mi nombre .. Todo coincide.

Y una alborozada carcajada estalla en su boca.

Su madre ya no puede contener la pregunta que hace tiempo vibra en su garganta:

—¿Qué ocurre, hijo?

Y ahora es ya una franca explosión de gozo libre lo que fluye nerviosamente de los labios del joven:

—Por fin, madre, ¡por fin! Mira, lee, leed aquí. Donde dice «Noticias literarias». Ahí, ¿véis? «En el certamen del presente año el jurado, unánimemente, ha concedido el primer premio de novela a la presentada bajo el título «Mis condiciones», cuyo autor es Don Carlos Espinós ..» ¡Al fin reconocen mi merito!

Y sus manos, que sostienen el papel impreso, tiemblan de alegría. Y su voz tiene trémolos de alegría también. Los viejos se miran felices ante la inesperada felicidad del hijo...

\* \* \*

Soleadas calles, copudos árboles, jardines frondosos, ¿qué hay hoy en vosotros, qué nuevo encanto habéis adquirido desde ayer que así conmovéis el alma de nuestro joven? ¿No sois tal vez los mismos que tantos días contemplara indiferente? ¿Hablaís hoy a su alma acaso un lenguaje nuevo y amigo?

Carlos ha salido, incapaz de refrenar su gozo, de contenerlo entre las paredes de su casa. Camina con arrogante paso; parece más alto, más joven, más fuerte. El triunfo ha inyectado en todo su ser una fuerza nueva, ha dulcificado sus gestos, ha distendido su alma, constreñida hasta hace poco en una melancolía amarga. Es el mismo, pero también es otro. El otro hombre que dormía en él, el letargo de la impotencia. Ahora, al conjuro del suspirado galardón, todas aquellas potencias dormidas han buscado salida y se reflejan nuevas, frescas, jóvenes, en la expresión del rostro de Carlos.

—¡Buenos días! —ha saludado a alguien. Y había tal maliz de bondad, de sincero afecto en su saludo, que ese alguien se le ha quedado mirando mientras él se alejaba mecido en sus ideas.

\* \* \*

Todo es bueno: las gentes, los árboles, las flores y la luz, el color y el so-

nido, los pájaros; todo cuanto bulle alegre en la existencia. Aguas amigas del amigo arroyo, añosos troncos de amistosa sombra, riscos severos, nubes hermanas, ¡buenos días! ¡buenos días!

Allá va nuestro hombre con una canción en sus labios, cantando también sus ojos, sus manos inquietas, su ser entero, la canción del triunfo y de la vida. Va a contar su ventura, quiere hacer partícipes de su dicha a todos cuantos le brindaron compañía en sus días tristes, que ahora han acabado.

Allá va, entre rosales y espinos, por los senderos floridos, por las arenidas tranquilas, junto a los cañaverales susurrantes. La luz viva de la mañana pone sobre su cabeza un nimbo de paz gloriosa. Los pájaros le saludan con sus gorjeos; las flores se inclinan a su paso brindándole su color y su aroma; todo, paisaje, cielos, sol, aire diáfano, nubes, montes, arroyos, tiene para él una significación nueva...

\* \* \*

Mientras, en la ciudad, en la redacción del periódico que esta mañana fuera portavoz de la gloria para Carlos, —zumbido de motores, ajeteo de máquinas, actividad feblil— un redactor teclea nervioso en una maltrecha máquina. Es un suelto, unos pocos renglones, lo que está escribiendo. Dicen así: «Por un comprensible lapsus de nuestro redactor literario, se dijo ayer en esta sección que el premio del Certamen había sido concedido a la obra «Mis condiciones». Advertidos del error, gustosamente rectificamos la noticia, aclarando que la obra premiada fué la que bajo el título «Mis convicciones» presentó el ilustre novelista Don...»

El hombre escribe rápido. Es su última tarea. Cuando acabe, con un suspiro de satisfacción, regresará por fin a casa, después de una noche consumida en el tragín de la redacción. Volverá a casa ansioso de hogar y descanso. Y es casi seguro —¡tiene tantas cosas suyas en qué pensar!— que ni siquiera cruzará por su imaginación el papel cruel que el destino ha hecho desempeñar a su pluma en la vida de un semejante.

\* \* \*

Un abismo de decepción; es lo que el nuevo día reserva a nuestro joven. El no lo sabe —¿cómo va a sospecharlo siquiera?—. Solo tú, lector, y yo, —y Dios— lo sabemos. Pero tú callarás ¿no? Deja que aspire con deleite hasta el último minuto de este día inefable; que su alma —esponja ávida de luz y dicha— absorba hasta no poder más la esencia de este día entre sus días.

Mañana... Mañana amanecerá otra jornada, otro pequeño trozo de existencia, con sus nuevos afanes e inquietudes.

¡Mañana! ¿Qué vale el mañana —esa palabra sin sentido— mientras dure el hoy feliz?

\* \* \*

# Adversidad

¡Castillos en el aire, que erigi  
bajo el humo azulado del ensueño!  
¡Delirantes fulgores de rubí,  
que atormentan, tenaces, mi cerebro!

Alcázar de mis sueños, levantado  
por el empuje altivo del amor;  
hoy a merced de un viento huracanado,  
que un trágico destino desató.

Cayeron despeñadas al abismo  
mis bellas ilusiones deslumbrantes,  
y, víctima en tan rudo cataclismo,  
vivo entre bellas ruinas pertinaces.

Fué un marembravecido de negrura;  
fué un gigantesco vendaval ingente,  
que rompió, despiadado, la estructura  
divina de mi sueño más ardiente.

¡Adiós, idealidad de mis ensueños!  
¡Adiós, castillos, que erigió el amor!  
¡Mi vida se resiste, en vano empeño,  
a pronunciar este tremendo adiós!

I S I S



## El pino del manicomio

¡Ay, filósofo agreste de las verdes melenas,  
melancólico archivo de gestas de locura!  
¡Qué solos se quedaron los nidos en tu altura,  
sin locas serpentinadas de lúcidas escenas!

Ahora en el sortilegio de las noches serenas,  
sumido de un plebeyo remanso de cordura,  
te emborrachas de estrellas con letal amargura,  
tú que bebiste orgías de atroces lunas llenas.

¡Cómo lloras tus dulces lágrimas de resina,  
filósofo nutrido de exótica experiencia!  
El amor en tus nidos se hace oscura rutina,  
mientras tú, pensativo, con tu atávica ciencia  
devoras el secreto de otro tiempo mejor:  
que amor que no florece vecino a la demencia  
no es más que fría sombra de un verdadero amor.

JUAN MADRONA

# Insomnio

Campanadas nocturnas... Olas mansas de un mar estremecido y vibratorio, muriendo dulcemente, fatigadas en la playa desierta de mi insomnio...

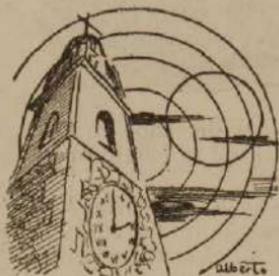
Campanas en la noche... Voz amiga de los viejos relojes de otros tiempos, eternamente insomnes ..

Fugitiva en los cielos, la luna amiga, pálida, anémica incurable, dejando tras de sí una estela blanca...

Y aquí abajo en silencio a solas, frente a frente, yo y la noche, escuchando la lenta letanía inacabable de las horas que dicen, en su lengua, las campanas de los viejos relojes...

La noche está muy triste  
¡y el alba aún tan lejana...!

EDUARDO ORAS



# Gnomon

Miro el reloj de sol, tan desolado con su mueca tristona de payaso, añorando el tic-tac acompasado que señala del tiempo el tardo paso. Parece imagen de la vida mía; símbolo que importuno me refleja en mi quietud ezterna que me deja remansos de tenaz melancolía.

Como un reloj de sol, vivo incrustado en las entrañas de un brumoso día. El tic-tac de mi pecho se ha parado en esta inmensidad de niebla fría mientras como fantasma despiadado desgrana el Tiempo, gris, su letanía.

ALBERTO NAVARRO

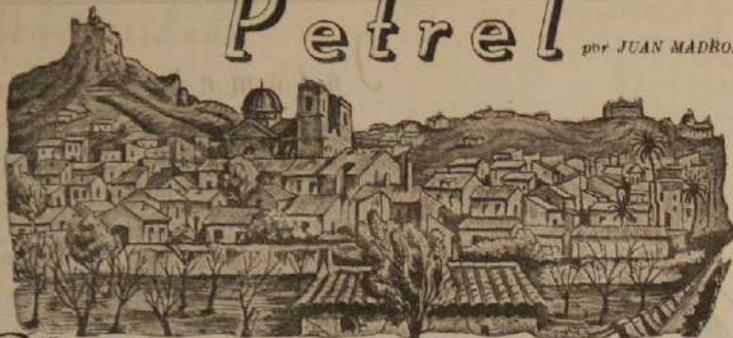


BIBLIOTECA PÚBLICA  
MUNICIPAL

ELDA (Alicante)

# Petrel

por JUAN MADRONA



**P**etrel, pétreo bajel, anclado por caprichoso de Dios en un mar de tahallas de esmeralda —erguido el mástil de tu castillo roquero— junto a las playas en sobresalto del Cid.

Yo sé el secreto cabalístico y astral de tu historia milenaria. Me lo dijo una sacerdotisa helénica que tocaba su esbelta cabeza con una mitra rectangular, copia venerable de la cima de la montaña que a tí te protege y te prestigia, sirviéndote de baldaquino en la regia ostentación de tus tiernos paisajes.

Fué así Las aguas líricas y musicales del viejo mar de Ulises se extendían entonces por lo que ahora es ésta sagrada tierra levantina. Blancas velas hinchadas por céfiros de oro escribían en la bruñida superficie, a golpe de isócronos remos soñadores, audaces y fastuosos periplos. Y una noche...

Las aguas florecían con fascinante fulgor de verdes medusas enclaudadas; el disco lunar —una luna homérica y agorera— se había hecho de un verde trágico, letal, inquietante.

En la proa de una nave la estatua ebúrnea de Afrodita, con su verde cinturón de esmeraldas de raro sortilegio, con sus ojos verdes, obsesionantes, enloquecedores, presagiaba un turbulento cataclismo de obsidianas.

Había cerrado la noche; en el horizonte no aparecía la costa deseada, y un terror cosmogónico paralizaba los brazos de los audaces argonautas.

Entonces la diosa rostral se quitó su cinto de esmeraldas, que fulguró en la noche como un rayo de verdes luces cegadoras. Y surgieron súbitos farallones ciclópeos —los Chaparrales, la Sierra del Caballo, la majestad olímpica del Cid— que la diosa petrificó con la taumaturgia de su mirada fulminante, mientras las aguas hipnotizadas se apretaban en el verde sortilegio del momento cosmogónico, convertidas en tierras de azucarados verdoros, quedando varado para siempre el bajel mitológico frente al imperativo solemne del Cid, que como mano en alto de Dios, le cerró el paso hacia el orto solar, obligándole a ser, en la sucesión de los ocasos añorosos, pétreo vigía de mi amado y joyante valle de Elda.

¡Petrel, pétreo bajel sobre sensitivas olas de almendros y parrales!

Cada tarde, cuando los primeros luceros se asoman, curiosos, a observar el estatismo de tu embrujo, yo percibo la queja humilde del agua, que fué soberbio mar salobre y ahora baja por tus canalillos ingenuos, tímida, nostálgica, dulcificada por su dolor milenario. Y el agua cantarina me repite también

la extraña historia que me contara la sacerdotisa que mitraba su frente al modo de la mayestática silueta del Cid.

Me paseo luego por el dislocado crucigrama de tus calles pinas y angostas; aspiro la vaharada de avatares que sale de tus amplios zaguanes penumbrosos; toco, emocionado, las venerables piedras de tus seculares esquinas; enredo mis ojos ávidos en el misterio de tus ventanucos, por los que asoma sus dedos sarmientosos la leyenda...

¿En qué siglo estoy? ¿Qué extrañas reminiscencias helénicas, moriseas, medievales, hay en estos ancianos, que bajan con su andar cansino y fatalista por la calle del Horno de la Virgen, por la del Horno del Castillo, por la evocadora calle del Arco?

Y este alfarero que modela el barro con amorosas suavidades, ¿no es acaso el mismo que hace más de dos mil años labraba los vasos traslúcidos para las libaciones sagradas en el templo que entonces se irguiera junto a la curva graciosa del Vinalapó?

¡Cómo has sabido, Petrel, vencer al tiempo que resbala rozando apenas tu oscura epidermis venerable, dejándote tan solo, como un beso de los siglos nuevos tu rútila explanada y el rubor de tus nuevas calles pretenciosas!

Arrebujaada en tus arcaas familiares, terca y taciturna, la tradición se resiste a salir de sus rincones legendarios. Solo una vez al año, en los días sonoros y corruscantes de las fiestas patronales, se lanza a la calle en alborozada epifanía. De proa a popa, de babor a estribor, el bajel anclado vibra entonces con el gozo titánico de su ancestral empuje, con el secreto hechizo de los ingentes periplos que me contara la sacerdotisa helénica. ¡Es entonces la hora cabrilleante de Petrel!

Petrel, pétreo bajel, varado ante los graníticos farallones, con los que Dios ha hecho un altar cosmogónico para tu fé, robusta y milenaria; yo te juro por la lira de Orfeo que si un día desapareciera tu acrisolada tradición venerable, también la testa sacerdotal de la montaña del Cid desaparecería de los horizontes escandalizados.

## EL DONOSO ESCRUTINIO

*Propúsose aliviar la atroz locura  
de nuestro mal parado caballero  
un tribunal compuesto por el cura,  
el ama, la sobrina y el barbero.*

*Sus libros fueran causa de su insania  
y así bien merecieron la sentencia:  
¡a la hoguera Florismarte de Hircania,  
con Roncesvalles y Amadis de Grecia!*

*Igual suerte corrió Don Olivante,  
con el Pastor de Iberia y Desengaño,  
las Sergas de Esplandián y otros, causantes,  
con las ninfas de Henares, de tal daño.*

*¡Ay, Bernardo del Carpio, cuánta fama  
de tu valor heróico, para luego,  
de las manos del cura a las del ama,  
sin remisión, ir a parar al fuego!*

ANTONINO MOTOS



# La cinta en el cabello

por MANUEL CATALAN

*Esta es la leyenda del lago Orice.*

Hace muchos siglos, el valle era regado por un caudaloso río. El verde de sus márgenes y la gracia de sus esbeltas palmeras ornamentaban su cauce, a su paso por el Orice. En el centro del valle un lago de nítidas aguas, con cuyo nombre se designaba a todo el valle, acogía en sus orillas a los moradores de aquella comarca en los días de fiesta mayor consagrados a Febo, y luego quedaba el lago solo, con esa soledad triste y melancólica de los cipreses en el camposanto.

Pero desde hacía algún tiempo las riberas del lago se veían alegradas por la presencia de la gentil Melisa, doncella no herida por amor, pero en la que ya brotaban los capullos de la femineidad. Allí dejaba correr horas de su vida y oteaba las altas cumbres de las montañas que circundaban el valle. Y una tarde, cuando Apolo declinaba en su ocaso, percibió Melisa pasos extraños; y poseída de ruboroso terror, se refugió, escondiendo su cabeza bajo sus brazos, en sí misma, pretendiendo con ello escapar del peligro que suponía le acechaba. Mas escuchó una voz varonil y clara como las aguas mansas del lago:

—¿Puedo abreviar mi caballo?— Y al volver Melisa su rostro, ya libre del pristino terror, vió junto a ella la arrogante figura de Cadot. Ante la respuesta afirmativa, acercó el mancebo su alazán, que sació su sed en las aguas del Orice. Y luego jinete y cabalgadura partieron con la rapidez del gamo, no sin antes agradecer Cadot a Melisa la buena acogida.

Desde aquella tarde Melisa acudió con asiduidad al lugar del encuentro con Cadot, tal vez aguardando la nueva aparición del jinete, pero sin que en su inocencia de incipiente doncella sospechase cosa tal.

En el decurso del tiempo fueron muchos los días de oblación a Febo en los cuales las orillas del lago se encontraron pobladas por los habitantes de aquellos contornos. En estas tardes acudía también Cadot, para danzar con las doncellas que aspiraban al lazo de Himeneo. Y Melisa en estas tardes sentía envidia de las agraciadas por Cadot. Al término de las horas solares fenecía la fiesta, y nuevamente quedaba el lago limpio y solo.

A la llegada del mes de Yuhaxan los árboles adornaban sus pelados ramajes con brotes nuevos, pregones primaverales; los pájarillos revoloteaban entre los floridos almendros, y en todo el valle parecía flotar un canto amoroso.

Una mañana, cuando el orto de Febo desterraba a las sombras nocturnas, Melisa, acurciendo con sus delgados y marfileños dedos las aguas melancólicas del Orice, hizo susurrar las perlas líquidas. Como burbujas brotaban de su seno melodías de amor dedicadas a Melisa. Los cabellos de ella, como

ramaje de sauce llorón, cayeron sobre su frente para cubrir los dos luceros que permitíanle solazarse en la contemplación del Orice. Entonces, con gesto femenino, recogió sus inquietas crenchas con una menuda cinta. Mas en aquel instante la corriente del rumoroso río alteró su cauce. Sopló el aura con tristeza de dios, y del fondo del lago borboteó una extraña fuerza que transmitió en turgente la placidez de su superficie. Fué como el canto errante de nuestras ilusiones cuando tendemos arabesco de dicho en nuestra mente. Como el soplo de inspiración que ha parido tantas obras de arte. Y escuchó Melisa, cual bisbiseo a ella dedicado, mil voces esotéricas, y, destacando entre ellas, la musical y húmeda de las aguas del Orice, que repetía como un susurro:

—Melisa, Melisa, dulce miel del valle, tú has descubierto la causa del amor terrestre.

Al propio tiempo que se dejaba escuchar esta voz, surgió del Orice una figura espectral, envuelta en los celajes solares, diáfana como el añil del limpio firmamento, cual las cambiantes brumas que cercan a las montañas en el orto o en el ocaso solar.

Melisa quedó como petrificada. Intentó huir; mas esfuerzo inútil. Estaba sujeta a la tierra como las raíces de las altas palmeras. La visión del lago fué acercándose a Melisa. Y se escuchó de nuevo la voz extraña; pero no era la aparición quien hablaba; del lago parecían brotar las palabras.

—Una cinta sobre tu cabello, Melisa. Cuántas tardes han acudido a mis marbetes las enamoradas del valle y en su expresivo silencio me han interrogado sobre la forma de poner al descubierto sus sentimientos sin que al hacerlo pudiesen tildarlas de atrevidas. Tú, Melisa, has descubierto mi secreto; la cinta de tu cabello es el mas claro exponente de tu alma enamorada. Desde hoy, y por los venideros siglos, al sentirse enamoradas las doncellas del valle colocarán sobre sus cabellos la cinta amorosa, creyendo que lo hacen para sujetarlo.

Melisa, absorta en la confesión del Orice, se encontró presa en las brumas que formaban la figura del lago. Desfalleció, y, al desplomarse en el césped, cercenó con su aliento el punto de contacto que unía al aparecido con las aguas, desvaneciéndose en la claridad matutina los celajes que le daban forma.

Al despertar de su desmayo, creyó que se había dormido a la vera del lago. Y el olvido borró de su mente lo acaecido. Desde aquella tarde no acudió más al Orice, pero en sus cabellos lució una cinta que le prestaba encanto singular. Seducido por este encanto, Cadot se dejó apresur por la inocente Melisa.

El lago, enamorado de ella desde la primera tarde que acudió a sus orillas, extendió a las demás doncellas, durante su sueño, el secreto de la cinta en el cabello, haciéndoles olvidar luego, como a Melisa. Y cuando ellas alcanzaban la edad núbil, cubrían parte de su cabello con una cinta, ignorando que así ponían al descubierto su alma enamorada. Mas el lago, triste por la falta de Melisa y enterado de su feliz enlace con Cadot, fué sepultando sus aguas bajo tierra, y sobre todo el valle flotó desde aquella edad el don de la cinta amorosa.

\* \* \*

Las aguas del Orice rotornaron muchos siglos después a la superficie, pero todavía poseidas por la amargura que causó en ellas la dulce Melisia. Y así termina la leyenda del Orice.

\* \* \*

# CARTA ABIERTA



alberto

*Me reprochas, amigo, amablemente,  
que mis versos —¡mis desvalidos versos!—  
son muy sentimentales, melancólicos,  
y poco originales, poco nuevos.*

*¿Qué quieres que te diga? Yo no escribo  
en busca del aplauso. Solo quiero  
desahogarme, escribiendo lo que bulle  
inquietándome, en el fondo de mi pecho.*

*En cambio, a mí, tus versos elegantes  
me parecen hermosos, pero secos.  
Para tí, la Poesía es, según veo,  
Belleza, bellas frases, bellos tropos,  
decires amplios, pensamientos nuevos.*

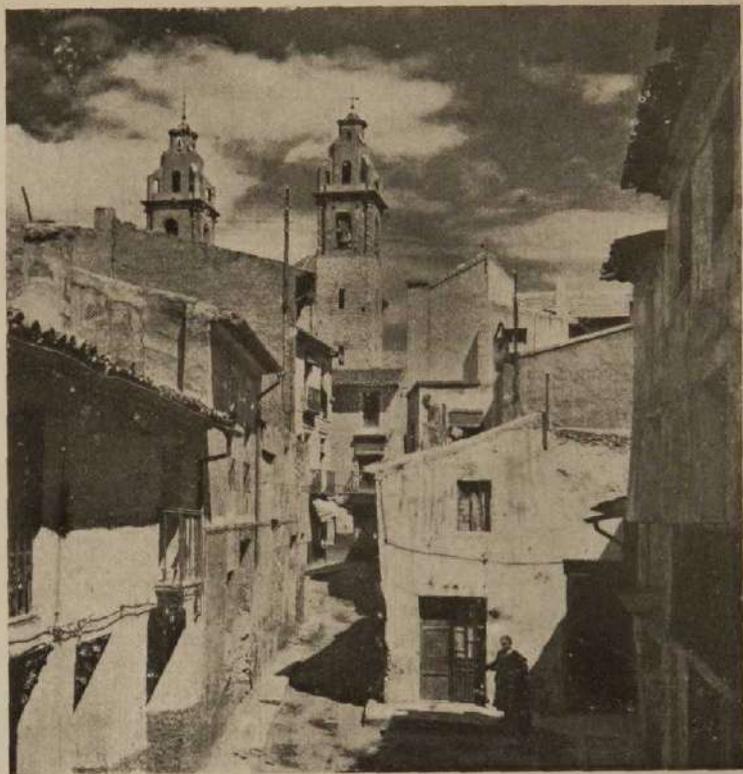
*Yo sólo busco en ella, en mi poesía,  
el perfume sutil del sentimiento.*

*¿Qué le vamos a hacer? Si no has tenido  
la Tristeza albergada allá en tu pecho;  
si no has llorado a veces, escuchando  
el son de una canción o de un recuerdo;  
si no has sentido tu alma dilatarse  
a impulsos de recónditos anhelos;  
si no has guardado como rica joya  
una flor, una carta, unos cabellos...*

*¿qué le vamos a hacer? Ni tú ni yo  
tenemos la menor culpa de éso;  
dejemos, pues, las cosas como están;  
tú continúa escribiendo  
tus brillantes imágenes; que yo  
seguiré confesándome en mis versos.*

*¡Hablamos dos lenguajes diferentes  
y nunca lograremos entendernos!*

## Un rincón eldense...



Todavía tenemos en Elda el gozo secreto y acogedor de esos rincones inviolados en que la tradición y la leyenda se durmieron a la sombra de las oscuras paredes desconchadas. Tal esta placeta casi ignorada, que como un tosco vaso de vieja cerámica nos invita a embriagarnos de gratas emociones, en su calma centenaria, bajo la doble bendición de las gemelas torres maternas.



*Barbas, color, sedas, ritmos...*

*Elda; moros y cristianos.*

*Por la Calle Nueva suben,  
bordando sueños atávicos,  
morazos de mazapán,  
moras de pecho cristiano,  
adalides zapateros  
con alfanges plateados,  
—gajos de manguantes lunas  
en cielos maravillados—  
que en pieles de arcángel rubio  
van, afanosos, cortando  
para diez siglos de historia  
mirovolantes zapatos.*

*Jugando a conquistas suben  
los moros y los cristianos.  
Mahoma en el cielo azul  
con Judas juega a los dados.*

*Bajo un sol que siembra cruces  
de fuego por los tejados*

# Moras

## y

# Cristianas

por JUAN MADRONA

*Bolón, ceñudo y guerrero,  
como auténtico morazo,  
con los railes del tren  
ciñe su alquicel, ufano,  
y al aire —bandera verde  
lunada de albor lunático—  
a través del valle en bulla  
dicen que al Cid le ha lanzado  
un cartel de desafío  
que el viento va pregonando.*

*Y el viejo alcázar eldense,  
ciego de siglos y ocasos,  
enloqueció de clarines  
al trote de los caballos,  
y anda por la val, vendiendo  
romances desmelenados.*

*Hipnotizada, la tarde  
florece de arcabuzazos.  
Pólvora, sedas, color;  
Elda; moros y cristianos.*

IMPERATIVOS DE AMOR A

# Gabriel Miró

EN EL VIGESIMO ANIVERSARIO  
DE SU TRANSITO

por

*José Capilla*

*"Bendición al que entiende.*

*bendición al que admira".*

RUBEN OARIO

Alas, alas angélicas, desplegadas, y a Gabriel Miró nuestro mensaje de gloria llevad.

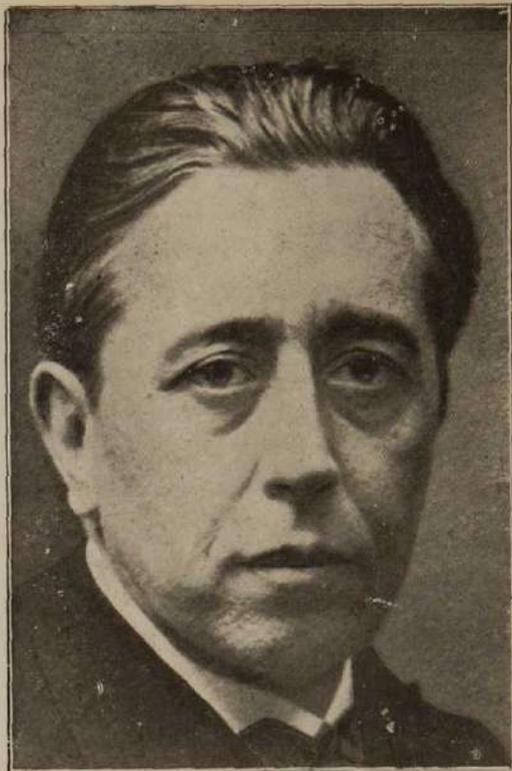
Campanas, campanitas en las espadañas de los pueblecitos marineros, por la ascensión de Gabriel Miró, sonad.

Cielo, tierra y mar mediterráneos, la imagen de Gabriel Miró reflejad.

Avecicas del cielo, abejas, lagartijas, hasta los solitarios caracoles, rayos de sol a Gabriel Miró envidad.

Flora, del olivo, almendro, vid y laurel, olor y sabor de su Levante a Gabriel Miró dad.

Velas, blancas velas al viento, por los confines del mar de Ulises, el nombre de Gabriel Miró lanzad.



Mujeres, las humildes, las recatadas, las laceradas, con pudor y primores por Gabriel Miró pintadas, por él, cantad.

Hombres, los que le heristeis, los que le amasteis, con la obra de Gabriel Miró comulgad.

Todos, humanos, bestias, elementos, a Gabriel Miró, otro santo de Asís, santo hermano llamad.

Y por su ruta recoleta, de sacrificio, en pos de la belleza, loas a Gabriel Miró elevad.



# Cita en los Sueños

por  
ALBERTO NAVARRO

*Ya en el dintel de la puerta donde el nervosismo y la impaciencia de Oscar me había llevado, me volví a mi amigo:*  
—Parece que ya no somos tan amigos como antes.  
—¡Oh, no digas eso!... Es que no comprendes porqué tengo necesidad de quedarme solo en este momento... Algún día te lo contaré pero ahora no puedo.  
—Como quieras. Ya sabes que no es mi norma el meterme donde no me llaman.

*Entonces crucé la puerta y bajé la escalera.  
Aquella fué la última vez que vi vivo a mi amigo Oscar.*

Unos días después recibí la noticia de su muerte. Había muerto en el sueño, sin darse cuenta del tránsito. Quédé sorprendido, anonadado, pues a pesar de su raro comportamiento anterior, su aspecto no hacía prever tan rápido desenlace de su atormentada vida. Junto a la noticia había un sobre cerrado, con mi nombre, en cuya dirección reconocí la letra de Oscar. Sus familiares lo habían encontrado entre sus papeles y me lo enriaban.

Intimamente emocionado, abrí el sobre. Y como si fuera la voz del amigo muerto que me fuera hablando, así sentí resonar en mi cerebro las palabras escritas:

«Javier, perdóname mi brusco comportamiento de estos días. Cuando te cuente el motivo comprenderás la razón de mi excitación que me hacía olvidar los gratos deberes de nuestra amistad. Recordarás que una vez, hace tiempo, estuve enfermo, y que tuvieron que inyectarme morfina para conseguir que conciliara el sueño. Pues éste fué el comienzo de mi extraña aventura. No, no creas que me hice morfímano. Era otra cosa, tal vez peor. Cuando el estupefaciente hacía su efecto, yo sentía cómo una parte incorpórea de mí se se desligaba de mí y entonces ya no vivía más que aquella parte, quedando la otra, la material, como inútil tronco insensible. Y mi alma vagaba entre regiones sombrías, iluminadas a intervalos por lucecitas tenues que dejaban entrever confusas escenas que se borraban al instante.

«Llegaba a un espacio, igualmente evanescente en sombras leves, como si todo estuviera matizado de negro y grises. Allí mi alma corría aventuras absurdas, incongruentes. Yo encontraba un gran placer en esta nueva vida que me hacía olvidar los dolores de la enfermedad y gozaba con mis sueños, esperando ansioso el momento de volver a soñar. Me atraía poderosamente aquella región de los Sueños, misteriosa y sombría, absurda y loca, donde tenían cabida, superponiéndose en un mismo sueño personajes conocidos y desconocidos, personas tal vez no nacidas todavía, mujeres dotadas de una extraña e intenso vida propia; situaciones terribles o grotescas que en un momento degeneraban hacia otras, sin hilación ni puente que las uniera.

«Mis sueños, que al principio eran espaciados, se hicieron diarios; apenas quedaba dormido, ya salía mi alma volando, gozoso, hacia aquella región donde vivía a sus anchas solo unida a mi cuerpo por una vibración que le indicaba el momento de volver. Yo sabía que le desagradaba la llamada de la materia, y que acudía a disgusto, interrumpiendo su libre existencia para auxiliar a este pobre cuerpo en situaciones anodinas. Y temiendo que alguna vez se fuera tan lejos que no volviera decidí cortar los sueños cortando lo que los producía, ésto es, la morfina. Se accedió a mi petición y durante unas noches dormí tranquilo.

«Pero igual que del doctor Jekyll, nuevamente se apoderó de mí, sin yo desearlo, el Sueño. Y el alma huía cada vez más lejos, hasta regiones donde el concierto armonioso de los planetas y soles desplazándose majestuosamente a través del espacio ponía un fondo sinfónico a sus correrías. Yo estaba muy intranquilo, cuando una vez tuve un sueño que fué el comienzo de una existencia deslumbrante, saturada de dulzuras. Me encontré de pronto en una región donde una altísima cruz que abrazaba las nubes abría sus brazos sobre un panorama de maravilla. De súbito todo se borró excepto la cruz, de cuyo pié salieron unos hombres negros llevando un bloque de mármol. Uno de ellos golpeó fuertemente, extrayendo del bloque una maravillosa estatua, muy parecida a la diosa Hebe, de una deslumbrante belleza. Cuando más entusiasmado estaba yo mirándola se borró la visión y mi alma corrió obediente a la llamada de las

células que anunciaban el inmediato despertar.

«Todo el día lo pasé pensando en aquel bloque que había tomado tan magnífica forma. ¿Se repetiría la visión? Y con gran contento de mi alma, se repitió. Me encontraba ahora en un lago de transparentes aguas, en cuyo fondo divisaba unas figuras blancas, femeninas, ondulándose con el agua. Sus ojos verdosos me llamaban y me atraían, pero ví a la figura marmórea que venía hacia mí andando sobre las aguas. Corrí a través de las ondas para llegar a ella cuando ésta se hundió en el líquido abismo. Iba a arrojarme tras ella pero un hombre gris, casi una sombra me cogió del brazo y me condujo hacia una inmensa construcción de estilo hindú, de transparente porcelana, en cuyo centro veíase una figura femenina. ¡Era mi Hebe! La estatua era cada vez más bella y no se mostraba como las primeras noches. Ahora era una imagen bella, de delicada hermosura, semejante a la Psiquis de Ingres. Y me pareció que me miraba sonriente. Otra noche la encontré en una alta catedral gótica, donde un rayo de luz irisada iluminaba tenuemente el solemne lugar. Unas figuras quietas, orantes sobre sarcófagos ricamente labrados, fingían una vida increíble. En una de ellas, con toda la pureza y majestad de una reina del Medievo, reconocí a mi Hebe marmórea. Me lanzó una larga mirada y desapareció mientras las altas ojivas se hundían pesadamente entre nubes de polvo. Sobre sus ruinas, instantáneamente, como si invisibles espíritus lo estuvieran creando surgió un templo helénico de altas columnas y bien labrados frisos. En su interior contemplé, danzando liturgicalente a mi amada Hebe, mi diosa medieval. Siempre la misma y siempre diferente. Unas veces en un siglo, otras en el siguiente o anterior, polifacética, cambiante, variada, pero siempre los mismos ojos que me miraban dulcemente y desaparecían. Y una noche... Había cruzado un espesísimo bosque donde los árboles eran seres condenados que pretendían detenerme con sus largas ramas sarmentosas y sus aullidos demontacos. Se alzaba ante mí un pequeño palacio de cristal, pero un cristal grisáceo, apagado. La hiedra corría por sus muros y las arañas tejían sus sedas a su amparo. Con mis manos corté la hojarasca y telas de araña que tapiaban la entrada y penetré en su interior. En la cristalina mansión, sobre un túmulo, se hallaba mi diosa, dormida. Me acerqué, tembloroso por la emoción, a ella. Estaba dulcemente dormida y una casta sonrisa entreabría sus labios. Sin poder contenerme, deposité un suave beso en ellos.

«Desde entonces, la bella Hebe no me abandonó jamás, excepto cuando estaba despierto. Por eso tenía prisas, deseos locos, de reanudar mis sueños para vivir aquella existencia absurda e ilógica, pero dulce y emocionante, siempre con mi amada junto a mí en todos los avatares que rodeaban a mi alma. Pero ésta se va alejando cada vez más y ya responde tardíamente a la llamada del cuerpo.

«Y es que yo no quiero que vuelva. Quiero que rompa totalmente el invisible hilillo que la une a mi cuerpo y pueda gozar de esa existencia multiforme

me de la Región de los Sueños. Solo quiero que cuando mi alma, estando en los brazos de su amada, reciba la llamada para reanudar esta vida vulgar, olvide su deber y no vuelva... no vuelva jamás.

«Esta es, querido Javier, la explicación de mis impacencias y brusquedades. Ya ayer estuve un largo rato inconsciente, porque mi alma había corrido alegremente a su cita en los sueños y volvió muy tarde. Creo que pronto me dejará para siempre.»

\* \* \*

La voz de mi amigo había callado. Y yo comparé mi vulgar existencia con la que él me explicaba de la Región de los Sueños, y dando un melancólico suspiro, apagué la luz.

## LOS TOROS

*Las corridas de toros  
son un muy fiel reflejo de la vida.  
Apenas empezada la corrida,  
apenas ha salido  
el toro a las arenas de la plaza,  
apenas ha nacido  
el hombre, y a la cruel vida se abraza,  
el torero lo burla con su capa.  
De nuevo embiste el paño;  
de nuevo el paño al toro se le escapa,  
y otra vez sufre el hombre un cruel engaño.  
El público lo aplaude enloquecido;  
el toro dá un bramido  
y en la plaza resuena un nuevo toque.  
Pasa el toro a sufrir su nueva suerte;  
le clavan un estoque,  
y, embistiendo, se encuentra con la muerte.  
El público, que aplaude la faena  
con un ¡Olé! sonoro,  
apenas ha salido de la arena  
grita con frenesí: ¡venga otro toro!*

VICENTE TORDERA





## del Duende del Monastil

**Pregunta de "Un socio del Casino":** Sr. Duende: ¿Qué le parece a Vd. el estado de la Biblioteca del Casino Eldense? El salón convertido en ruidosa sala de billar, los lujosos libros de arte con las láminas arrancadas por la falta de cuidado propia y la desvergüenza ajena, el fondo de libros sin aumentar desde 14 o más años, la llave de los anaqueles que nadie la encuentra en un momento preciso y otras cosas parecidas. Díganos algo sobre esto, Sr. Duende

**RESPUESTA:** Señor mío; eso es asunto de régimen interno de una Sociedad particular que tiene perfecto derecho a hacer de sus libros lo que le plazca. Nosotros no somos nadie para entrometernos ni tenemos nada que ver con eso.

**Pregunta de J.A.:** ¿Porqué no dedican alguna página a la crítica teatral, cinematográfica y deportiva?

**RESPUESTA:** Bien quisiéramos hacerlo, pero el Sr. impresor nos lo tiene prohibido porque ponemos muchas palabras gruesas y se le rompen los tipos.

**Pregunta de "Lapicero":** ¿Cree Vd. Sr. Duende, que se impondrá el buen sentido en la Junta de Comarcas y se hará Concurso de carteles el próximo año?

**RESPUESTA:** Creo que si se impone el buen sentido, como Vd. dice, no se hará Concurso de carteles. Porque habría que extender este sentido común a los otros detalles de buena organización, premios con los que, por lo menos, pagarán los materiales y Jurado inteligente e imparcial. Como para estas cosas hace falta toneladas de este sentido común —del que no estamos muy sobrados— creo será mejor que sigamos el cómodo camino que seguimos.

**Pregunta de E.R.:** Tengo la costumbre de ir al cine y la suerte de caer siempre en «butaca de columna». Mi problema del domingo consiste en la incertidumbre de qué columna será la que no me deja ver la película, si la de la izquierda o la de la derecha. Ya veo columnas por todas partes, hasta cuando miro columnas. ¿Qué hacer para escapar de esta fobia paranoica?

**RESPUESTA:** Hay varias soluciones. Puede adquirir Vd. un serrucho y partirlas a la altura de su visión. Esto tiene el pequeño inconveniente de que puede caer sobre Vd. todo el anfiteatro; pero por lo menos verá el cine. Puede solicitar de la Empresa que, ahora que los «miradores» están de moda, le haga uno en la columna; puede quemar el local; y últimamente, como remedio heróico, no ir al cine. No perdería gran cosa.

**Pregunta de "Un eldense":** Sr. Duende despreciable. Como eldense no tengo más remedio que abominar de Vd. y de sus libelos insidiosos. ¿Cree Vd. que la imagen que se formarán fuera de Elda de su industria, su moral, sus diversiones, su cultura y demás hábitos inherentes a la población, vistos a través del prisma burlón de sus copillitas, será muy favorable? ¿No cree Vd. que está haciendo labor derrotista y antieldense?

**RESPUESTA:** Muy probo señor mío: Sus muy sesudas palabras me dan ocasión de escribir unas líneas que no creía hicieran falta. El que yo escriba copillitas y los fundadores de DAHELLOS consientan en su publicación no entraña contradicción con el espíritu de exaltación de Elda que anima a estos Cuadernos. Parodiando a Unamuno podría decir que «me duele Elda». Me duele y me enorgullece su carácter abierto, su vivir alegre y confiado, su laborsidad, su «dejar correr la bola», su espíritu de iniciativa audaz, su movible escalafón de rápidos encumbramientos y no menos rápidos descensos, sus avances agigantados junto al estancamiento de su cultura. Todas estas cosas me enorgullecen y me duelen profundamente. Pero yo me limito a señalar el aspecto irónico de las cosas. No hago más. A otros compete el corregir, enderezar y crear.

## Fué la noche bruja...

Fué la noche negra, fresca y juguetona.  
Fué mi amor ardiente. ¡Fué tanta ilusión!

Cantaba un lucero;  
brillaban tus ojos.

Mis manos de acero...  
¡No sé que pasó!

Después tú llorabas...  
Viniste a mis brazos y yo te besé.  
La luna, piadosa, crismaba tu frente.  
¿Fué la noche negra? ¿Fué mi amor ardiente?  
¡No sé la que fué!

TEODORO

BIBLIOTECA PÚBLICA  
MUNICIPAL  
ELDA (Alicante)



# ARTE

## EXPOSICION GABRIEL POVEDA

patrocinada por DAHELLOS

Nuevamente vuelven a prestigiarse los muros del Salón de Exposiciones del Casino Eldense con la presencia maravillosa del Arte.

Arte puro, sin mercantilismos ni concesiones. Arte sereno, inscrito en los moldes clásicos que son tradición en la pintura española, sin estridencias modernistas ni contorsiones manicomiables.

Todo esto queda muy lejos. Aquí sólo se verá el fluir tranquilo de un modo de pintar íntimo, sosegado, de pinceladas quietas y jugosas. Retratos en los que el modelo ha sido envuelto en una atmósfera imprecisa de sugerencias plásticas, en la que ha dejado de ser el señor o la señora de X, para trasmutarse en un personaje más del mundo de los seres dotados de esa extraña vida inmóvil aunque latente... Paisajes lejanos, paisajes eldenses con sus tierras pardas, grises, ocres; sus montes pelados y borrosos, su vegetación exuberante que abarca todas las gamas del verde, desde el sucio de los olivares hasta el vibrante verd-amarillo de los campos de trigo... Bodegones en los que el pincel ha recogido minuciosamente no sólo las masas físicas de los modelos, sino su «vida en silencio», su «Stilleben», poética palabra con que los germanos sustituyen nuestra malsonante «naturalza muerta».

Lector, si eres sensible a la belleza, visita la Exposición de Pinturas de GABRIEL POVEDA, patrocinada por DAHELLOS.



## III EXPOSICION DE ARTE LOCAL

Siguen llegando hasta nosotros adhesiones de pintores y dibujantes dispuestos a colaborar para que esta Exposición sea un muestrario completo, sin excepciones de relieve, del Arte de nuestra ciudad. Desde estas páginas invitamos a todos los amigos de los colores y las formas, sea en la plasmación señorial del óleo y acuarela, o en la gracia ligera del dibujo, a participar en esta Exposición que se celebrará durante las fiestas de Navidad y Año Nuevo.

# Sin pena ni gloria

por JULIO A. CAPILLA

A Sofía Montoro

D desde las blancas tapias del huerto se columbra el ventanal abierto en el desván de una vetusta casona de pueblo. Allá arriba, donde antaño se acumulaban el dorado trigo, cuelgas de frutos, tinajas de aceite y de adobos de aceituna, tiene instalada el escritor su modesta biblioteca, en su cuarto de trabajo y estudio. La mayoría de sus libros, excepto los que fueron comprados con sus pequeños ahorros y algunos prestados y no devueltos a sus dueños, pertenece a lo que fué voluminosa y surtida librería de sus antepasados. Todo el mobiliario de su cuartillo de trabajo se reduce a una mesa de las llamadas de camilla, que, de tan desvencijada, gruñe a la menor presión; y dos sillas, una con asiento de enea y de esparto la otra. La estantería, donde se hacinan libros y papeles, la construyó el propio escritor con restos de muebles inservibles y tablas abandonadas al polvo y telarañas del camaranchón. Hay además, como decoración, tres cuadros de colores desleídos por el tiempo, de escenas galantes de rabiosa cursilería. De las vigas del techo, penden infinidad de objetos inservibles, pero que siempre se espera sirvan en alguna ocasión: suecos quinqués, capachos de esparto agugereados, una regadera oxidada, una trampa para cazar ratones y, también, una escopeta de caza, vieja, con el cañón herrumbroso y resquebrajado.

Por el ventanal, donde se vuelca todas las mañanas un alegre torrente de sol, se contempla todo el pueblo, con sus tejados escalonados, de teja convexa y parda, trepando por la colina hasta besar la planta de una torre decrepita, parecida más bien a un minarete que a torre de reloj. La huerta queda a la izquierda del pueblo; con sus verdes manchas de tablares de alfalfa y temblores de espigas maduras. A la derecha, campo también, pero yermo y pedregoso, donde los cipreses se miran en la soledad de las tumbas y de las blancas y negras cruces del cementerio. Lejos, muy lejos, fundiéndose con el cielo, los sutiles perfiles de grises montañas que rozan pulmones de nubes blancas, las que se desvanecen en la inmensidad azul.

El escritor anónimo ha de trabajar para su diario sustento en la rutina oficinesca de una entidad agrícola. Los ratos libres, que suelen ser escasos, los dedica con devoción y entusiasmo literarios a la lectura y meditación de sus libros. Una y otra vez los lee, que siempre encuentra en ellos nuevas emociones espirituales, vivero de ideas. Escribe cuando el caprichoso pájaro azul de la inspiración se posa en su cabeza. Emborriona, entonces, cuartillas y más cuartillas, presa de fiebre y loco entusiasmo. Con frecuencia, rompe y estruja

escritos en los que no logró dar forma, alma y vida a sus ideas; los hace y rehace hasta conseguir la fiel expresión de la imagen o idea que surgió espontáneamente, sin esfuerzo, en su mente de artista.

No hay mayor placer para nuestro personaje que el retorno, tras cierta ausencia, al rincón de sus libros, a la paz de su trabajo literario; trabajo o recreo, que de ambas formas se puede considerar. Cuando la máquina de su cerebro se calienta, abandona sus libros, sus escritos, y, asomándose a la ventana, busca sedancia en el azul transparente del cielo, en la lejanía de las cumbres, en el vuelo callado de los palomos y en el piar retozón de los gorriones. Mira los campos, y su alma se dilata de tanta paz, y, en el silencio de los cipreses, de las cruces y de las tumbas, cree percibir voces extrañas que le hablan de la vida y de la muerte.

A nuestro escritor no le importa que se publiquen o no sus trabajos. Escribe por pura complacencia, por sincera vocación. Es un soñador, un romántico rezagado. Tiene confianza en que un día, cuando no haya que salvar tantos obstáculos para llegar a la redacción de un periódico, sus trabajos verán la luz, impresos con letras de molde, en las columnas de un diario. Mientras tanto, queda el escritor anónimo con su fervor literario, sumido en el sosiego y tranquilidad de su pueblo, rodeado de libros e ilusiones, leyendo y escribiendo sobre la mesilla de madera que gruñe cuando los codos se apoyan en ella.



## El platillo volante por El Duende del Monastil

chispas, lo mismo que un yunque; como una traca, tronando, y avanzaba con la furia de un torbellino incendiado.

Dicen que viene de Marte; dicen que es cosa del diablo; dicen que es para otra guerra descomunada artefacto...

¿No ha visto usted los platillos volantes por el espacio?...

—¡Vamos, hombre, no me amueles con cuentos estrafalarios!

¿Lo viste a las doce y media...?

¿Y fué al pasar por el Banco...?

¿Que echaba chispas, y que precisamente fué un sábado? ¿

Pues esas cosas en Elda no tienen nada de raro.

Lo que tu viste, no hay duda,

fué por los aires girando la cabeza echa platillo

de un fabricante sin cuartos.

—¿No ha visto usted por los aires, atravesando el espacio, un plato enorme con ruido de motores de aeroplano?... Yo lo vi a las doce y media de la mañana del sábado, cuando, al salir de la fábrica, pasábamos por el Banco. Era una cosa de miedo; era una cosa de pánico. Cruzaba vertiginoso los aires tersos, echando

# DOLOR

por SANTIAGO SIERRAS

Lloraba la mañana gris de Castilla y había pesadez en la atmósfera. Un vientecillo cortante ayudaba en ligeras ráfagas a calar a los que caminaban a aquellas horas por la ciudad.

Eran las diez. Empezaba a bostezar en la gran urbe el movimiento de sus miles de curiosos, ociosos y empleados que llegaban con retraso a sus deberes. Apretaban el paso huyendo de la fina llovizna invernal.

Calle empedrada de abajo, por tí corrió sediento un afán en busca de consuelo; un hombre atónico, idiotizado, inconsciente a sus alrededores, caminaba platicando solo. En su mano, un arrugado papel, una carta, tal vez un título o una herencia frustrada.

Un coche frena violentamente para no atropellarle. El, absorto, sigue caminando, impregnándose de lluvia que le refresca las sienes. Deliene su paso en una esquina; mira el cielo encapotado y sólo clama: «¡Dios mío!» Abre la mano ceñuda y lee su papel, su ultraje, su dolor, su angustia.

Arrecia la lluvia y cruza la calle. Confundidas con el agua que inunda su pelo y su rostro, unas lágrimas amargas caen por sus mejillas; y sigue caminando. La frialdad del agua se mezcla con la de su corazón y sufre un escalofrío. Los dientes le rechinan por la rabia, el dolor y el frío. Su pensamiento bulle ardoroso y lejano. — ¡Es imposible, Señor! ¡Esto es más que una traición!

---

Un cántico melodioso, un fuerte perfume a incienso, un débil rayo de luz que apenas aclara el somnoliento rincón donde la Sagrada Forma, en exposición mayor, invita al recogimiento y a la calma espiritual. Un hombre cae de rodillas y rompe a llorar amargamente.

Das viejas alarmadas, oprimen el rosario y, temblorosas, elevan con más fuerza sus plegarias. Se enciende una luz en el altar. El hombre cubre su cara con las manos y suspira con amargor infinito. Un humilde sacerdote se le acerca suavemente; le pone la mano piadosa sobre el hombro y le mira llorar con ateriza congoja.

— Sigue llorando, hijo mío, será grande tu consuelo después.

Prosigue la llovizna mañanera. Pero en su alma cesó la tormenta, y el lago de sus interiores espiritualidades se ondula de nuevas brisas cariciosas.



LA FOTO OLVIDADA

# Fallas en Elda

por ALBERTO NAVARRO

Era en 1936, año de presagios angustiosos que pronto tuvieron espantosa realidad. Los eldenses que venían de Valencia y Alicante, estuasiados con la magnificencia, espectacularidad y arte de las Fallas o «Fogueres» iban sembrando la idea de trasplantar a Elda esta ofrenda al Fuego. Y con esa rapidez, esa arrancada hípica propia de los eldenses, en 1935 instalóse una falla en la Prosperidad, cuyo contenido, no muy conforme a la ética no comento. Al siguiente año eran tres las que surgían en nuestras calles.

La mejor fué, indudablemente, la de la Plaza de Arriba que obtuvo el Primer Premio. Su significado no podía ser más popular, más eldense. Representaba una Fábrica de Calzado. Sobre el tinglado, entre otros «ninots» veíase un obrero con el dedo envuelto en algodones. Era una víctima de la epidemia que surgía en Elda en las épocas de paro. Las cuchillas, martillos, tenazas y demás herramientas, caían con rara unanimidad sobre algún dedo del trabajador, y esta insignificante herida, convenientemente «cuidada» por su poseedor, proporcionábale una temporada de ocio cobrando el «accidente».

Otra figura satirizada era la aparadora, representada por un arrogante «ninot», portador de un hermoso pollo destinado a ablandar el duro corazón de la maestra. La sátira se subraya con un pareado que decía: «Si el regalo no clarea - no te faltará tarea».

Otra falla de ingenio fué la plantada en «el Progreso» satirizando el «trust» del cine local. Formada por tres caras, representaba cada una la fachada de un cine de los entonces existentes. Ante sus taquillas, la insultante figura de un borrego haciendo gala de su mansedumbre, representaba al público de ayer y de hoy. Completaban la sátira las cabezas de los tres empresarios, ensartadas en sendos clavos, alusión a la calidad de las películas.

La de la Prosperidad no merece comentario por su significado sin vínculo alguno con Elda y sus cosas.

Ante este éxito se creyó afianzada la fiesta en Elda, pero unos días después, España se convirtió en una inmensa falla con «ninots» de carne y hueso y de éstas solo quedó un recuerdo borroso y unas polvorientas fotografías olvidadas.

# KASIDA DE LAS PALMERAS

por NAURI

Subí a la azotea cuando el sol acariciaba con su dorada mano las copas de los árboles y manchaba de amarillo los tejados y algunos trozos de la empolvada carretera

Prisioneras de estrechos espacios, las palmeras de Elda agitaban melancólicas sus rasgados brazos como haciendo zalemas a la blanca paloma de la luna que remontaba el vuelo hacia la hora de las confidencias.

Brotó de los jardines un tropel de murmullos y de las almas tristes un suspiro.

Imponiéndose a las demás llegó hasta mí una voz:

«Espíritu soy de un zelje —decía una vieja palmera— que una noche embrujada se perdió en el desierto.

¡Limpiad vuestros oídos, oh creyentes, para que puedan entrar mejor en ellos las palabras de mi historia!

Espíritu soy de un zelje que una noche embrujada se perdió en el desierto porque Alah permitió al simún borrar la ruta de las caravanas. Al rasgarse el velo de su furor, se había calzado la noche sus habuchas negras bordadas con hilos estelares. De pronto, ví chocar en lo alto dos luceros y mis ojos se cegaron con la maravilla de un palacio surgido entre las dunas.

Por las barbas del Profeta que el corazón me golpeaba en el pecho como el de una garza asustada, pero la curiosidad me hizo audaz y empuñando mi gümia atravesé los desiertos salones guiado por la música de guembris y derbukas y un rumor de surtidores que parecían tañer mil cristalinos panderos:

En un jardín se perdieron mis pasos, teniendo mi camino orillas de mármoles jaspeados y lluvia de flores de azahar. Allí la nostalgia se enroscó a mi alma, como látigo al cuerpo de un esclavo y soñando estaba en la soledad de sus rosales cuando me sorprendió un tintinear de ajorcas que fué cayendo en mis oídos como canción de manantial para el sediento.

Por el sendero de los gránados llegó hasta mí. ¡Ay, porqué apartaste el letzam de tus ojos!

¿Qué diré de tu caftán azul si era cielo y era mar al abrirse la mañana? (¡Quién fuera seda de tu caftán!)

¿Qué diré de su risa hecha flor al brotar de su boca? (¡Quién fuera pétalo de tu risa!)

¿Qué diré de sus besos más dulces que el zumo de los dátiles maduros? (¡Quién fuera abeja que libara en tus labios!)

Espíritu soy de un zelje que amaneció delirando en el desierto. ¡Espíritu soy de un zelje envenenado de amor...!

Enmudeció la voz y el eco de sus lamentaciones se perdió en el cielo como la huella de una estrella errante. La hora de las confidencias había cesado y la blanda mano de la brisa que rozó mi frente, despertó la realidad.

Prisioneras de estrechos espacios, las palmeras de Elda seguían agitando sus rasgados brazos, como haciendo zalemas a la media luna.





# Una enfermedad eldense

por EL DUENDE DEL MONASTIL

Preguntaba ha días:

—¿Qué se hace Fulano?

—¡Cómo! ¿No lo sabes?

Está fabricando.

—¿Y Gómez? ¿Y Pérez?

—Haciendo zapatos.

Hace ya algún tiempo  
que fabrican algo.

Y el tío Liborio  
el primo del «Chato»  
y Luisico y Pedro  
y Antonio y Eustaquio.

\* \* \*

¿Qué hay en estos aires,  
que infecto microbio,  
que encona en la sangre  
este fatal morbo?

\* \* \*

Hace cuatro días  
iba paseando;  
al llegar al puente  
me paré extrañado.

Abajo, en el río,  
cubierto de harapos,  
estaba un buen hombre  
muy atareado.

Mira que te mira  
me pasé un buen rato,  
y curioso, al fin,  
me llegué allá abajo.

Allí, junto al río  
sin agua, con fango,  
en aquellas naves  
mansión de gitanos,  
entre un recoltijo  
de basura y trapos,  
nuestro hombre agitaba

unos cuantos trastos:  
cuatro pares de hormas  
cargadas de años;  
media piel infame  
de molleta, clavos,  
dos trozos de suela  
que parecía esparto;  
un martillo sucio  
oxidado y manco;  
y otras porquerías  
que causaban asco.

Le dije: —¿Qué haces,  
Perico, aquí abajo?  
Y el hombre, cogiendo  
con sus sucias manos  
algo que no sé  
si eran dos zapatos  
o dos ratas viejas  
o un par de boniatos,  
contestó orgulloso:  
—¡Estoy fabricando!

\* \* \*

Y no hay quien se salve;  
¡ya me he contagiado!  
Me vino ayer tarde  
mi amigo Torcuato  
y sin avisarme  
me soltó el disparo:  
—voy a establecerme;  
contigo he contado.  
¿Quieres ser mi socio?  
—¡Si yo de zapatos  
no entiendo un comino!  
—Yo tampoco. ¿Acaso  
hace falta eso?  
¡Si no es necesario!  
Haremos nosotros  
lo que han hecho tantos.

Y aquí me tenéis.  
¡Ya estoy fabricando!  
¡Que Dios nos ampare  
y todos sus santos!  
Veremos qué sale  
de este gran fregado...

# Recordar ES VIVIR

por TUDINES LOPEZ



*R*ecordar es vivir! ¿Es esto cierto? No lo sé yo misma ni quiero darlo como teoría general; sin embargo, para mí recordar es vivir. Creo que mi vida es más feliz al recordar momentos de tiempos que fueron.

Recuerdo como un sueño, como si nunca la hubiese vivido, aquella noche brillante de Mayo en que adorné mi cuerpo con el típico traje sevillano y mis cabellos fueron engalanados con un clavel rojo como el fuego. Nos internamos por callejas empinadas, tortuosas y empedradas, flanqueadas por blancas paredes en las que se abrían las ventanas convertidas en exuberantes jardines y las rejas morunas en alguna de las cuales cobraban vida estampas de Machado o Quintero. En toda Sevilla se celebraba la fiesta de la Cruz, de Mayo y en los patios erguíase, brillante y oloroso, policromado y florido, el símbolo de la Cruz, alrededor del cual la juventud sevillana disparaba andanadas de gracia y se entrecruzaba entre mozas y mocitos el juego inflamado de las eternas miradas.

Yo no salía de mi asombro. Estaba viviendo, por primera vez en mi vida, la noche andaluza y, ¡era tan maravillosa! A un lado y otro aparecían las madreselvas floridas, trepando por las rejas del cortijo para luego desaparecer, confundándose entre las demás flores, y volver a aparecer en su loca carrera hasta la otra reja cercana.

Estaba extasiada en la contemplación de todo aquello, cuando el rasgueo de las guitarras y el comienzo de las palmas me indicaron que el baile había comenzado. Sin saber como, me vi danzando entre el grupo de bailarinas que con cadenciosos movimientos iban siguiendo la morisca melodía. Un hombre, frente a mí, bailaba ingrávito sin quitar la intensa mirada de mis ojos. Yo, girando graciosamente, llevada por el ritmo, no podía apartar su mirada de mi mente. Fascinada, seguía sus evoluciones, absorta y concentrada, entregada totalmente al embrujo de la danza. Confusamente me di cuenta que habíamos quedado solos... Había desaparecido el patio, las parejas, la cruz brillante; y solo quedábamos nosotros, danzando en la noche, bajo el misterio plateado de las estrellas y el baño silencioso de la luz lunar. Toda el alma mística y honda de Andalucía; toda la melancolía del alma andaluza que se vierte en sus cantares y tonadas populares, estaba allí invisible, rodeándonos y coreando nuestros giros con la salmodia de sus voces silenciosas. El universo se había acercado a nosotros en aquella noche poblada de miríadas de luminarias y henchida de melodías y ritmos populares.

Con un golpe seco, callaron las guitarras y un ensordecedor aplauso llenó la noche. El bailarín, de rostro moreno y afilado, me ofreció un rojo clavel, con un gesto mudo, pero expresivo, que me conmovió más que las más bellas palabras.

¿Fue eterna aquella noche? No, y sin embargo, aún la evoco y parece que mis pies, al conjuro de su recuerdo, aún trenzan aquellos pasos que me hicieron soñar.

Después hubo muchas noches, más guitarras, más flores; pero ninguna dejó el recuerdo eterno de aquella que me hace pensar, suspirando, que «recordar es vivir».

Canción del  
amor que calla

Amada: la primera estrella  
que trae la tarde iniciando adioses,  
es sin duda la más bella.

Amada: yo quiero tus manos y el cielo.  
Cogidos y juntos, callemos  
un igual anhelo.

Amada: pensemos en todo sin decirnos nada.  
Ahora sería imposible negar a Dios.  
En estos momentos, habla la mirada.

Yo sé que existen en algún lugar  
esas frentes pálidas  
que tantas veces, en sueños, he besado.  
Sus plegarias de amores imposibles  
me llegan con la noche,  
envueltas en el sudario del viento negro.  
Sus amores son un ritual de silencios  
que hacen palmas  
a la luna llena, gordinflona y cálida.  
Estas mujeres de largo pelo, descuidado y negro,  
han embrujado mi piel.  
Son de aceite sus cuerpos y sus almas...

Canción del  
amor que espera

\* \* \*  
¡Oh, Señor! ¡Dadme una mujer así!  
Me derrumbaré en su seno  
para tener sobre mi frente —mariposas de la muerte—  
la caricia del vuelo de sus manos.

Canción del  
amor que llora

Fueron tus ojos, tu pelo y tu aliento,  
fué el profundo callar de tu mirada,  
fueron la noche, las sombras y el viento,  
fué la bestia ancestral que llevo encerrada.

La noche violenta  
llena de latidos  
no oyó tus suspiros,  
la noche de menta....

Y, como sin prisa,  
la cómplice luna  
entre la aceituna  
tapó su sonrisa.

## Deseo

A Ninín Mira



G.

Con mi humilde y romántica poesía  
quisiera, princesita, lisonjearte;  
después verte crecer, ducificarte,  
en un conjunto hermoso, que algún día,  
sea el compendio de más bella armonía  
que ojos humanos vieran en el arte;  
y entonces, como ahora, contemplarte  
y sentirte en mis brazos algo mía;  
que el azul de tus ojos me envolviese;  
que me dieras en perlas tu sonrisa;  
que sintiera tus labios en mi frente,  
cual lago acariciado por la brisa,  
y morir poco a poco suavemente,  
como en una visión, pero sin prisa.

SANTIAGO SIERRAS

## En la altura

Quando queráis lavaros de pecado,  
cuando se os caiga encima, oscura, parda,  
la atroz frivolidad de las ciudades,  
tomad la senda estrecha y empinada,  
dejad el llano fácil,  
¡venid a la montaña!

Según vayáis subiendo os sentiréis mejores;  
las miserias, los cánceres, las lacras,  
las pasiones y vicios,  
como no tienen alas,  
se van quedando abajo, en el camino;  
aquí llega tan solo el alma blanca.  
Se le habla a Dios de tú con más franqueza;  
la voz tiene más amplias resonancias  
y por el cielo limpio  
se elevan más veloces las plegarias.



¡Aquí ser bueno es fácil!  
¡Venid a la montaña!

Un amigo os espera en cada risco;  
en cada cumbre os hablará una hermana...

EDUARDO GRAS

## PROVIDENCIA

A una anciana que cosía,  
laboriosa en el portal,  
su nietecito decía:

Abuelita, dame pan.

—Hijo mío —le responde—

¿de donde quieres el pan?

¡Si tu padre no trabaja!

¡Si tu madre enferma está!

¿De donde, angelito mío,

me pides de merendar?

Yo bien quisiera, hijo mío,  
poderte dar eso y más.

Para los niños hambrientos

Dios tiene siempre piedad.

\* \* \*

El padre ya trabaja;

la madre curada está;

la abuelita ya decía:

—Hijo mío, ¿quieres pan?

MARUJA ICARBO

NOTA: El lector no habrá dejado de constatar la gracia infantil de nuestra pequeña colaboradora, que, apenas salida de la edad de las muñecas, ya ensaya líricos juegos con las musas. A este paso Maruja puede llegar muy lejos en esta rara habilidad del verso.



## Ventana abierta

Como siempre, está de par en par, abierta a todos los vientos de la emoción estética; van entrando con frecuencia por nuestra ventana trabajos literarios, más o menos logrados de fondo y de forma, que nosotros agradecemos con la mayor cordialidad.

Quisiéramos incrustar sin excepción en las páginas amicales de DAHELLOS todas estas aportaciones generosas; unas, por avalorar nuestros cuadernos; otras, las más bellas de intención que de literatura, por fomentar vocaciones incipientes, que acaso puedan ser algún día valores indiscutidos.

Pero «Una Eldense» J. González, A. Motos, M. Icardo, E. Chinchilla, Flora, y otros más, han de comprender que siendo tan escasas las páginas de DAHELLOS, no es posible insertar en cada cuaderno todo lo que recibimos. Un poco de paciencia, queridos amigos, y proseguid afilando las plumas inquietas. DAHELLOS es vuestro.

